

Pero, a los ojos de Felipe Pérez, Gonzalo Pizarro es el intachable héroe. Gasca es «el espantoso Gasca,» «fraile astuto y cruel,» porque importa saber que los liberales colombianos, aunque citaban constantemente al mártir del Gólgota, detestaban cordialmente a los frailes.

Esta excesiva parcialidad del autor, acompañada de un falseamiento caprichoso de los hechos históricos, quitan al drama parte de su valor. Muestran empero al mismo tiempo una faz importante del espíritu de la época.

JOSE LUIS PERRIER

(Concluirá)

LA RECONSTRUCCION

DEL COLEGIO DEL ROSARIO

Al amanecer del día 31 de agosto del año de 1917, un fuerte movimiento seísmico llenó de pánico a los habitantes de la capital y produjo daños de bastante consideración en varios edificios públicos y casas particulares. Pero estos daños han sido de benéficos resultados para algunas edificaciones que no se avenían con las reglas que los modernos adelantos exigen a cierta clase de construcciones.

Tal sucedió con el Colegio del Rosario; y si en un principio nos contristó ver aquellas enormes grietas que en todas direcciones parecían escribir su sentencia de demolición; y si era penoso observar los tirantes de los corredores con sus extremos carcomidos y ligeramente apoyados sobre las mesas que reposan en las columnas, no era menos doloroso para los que amamos estos claustros ver salir repentinamente a todos

los convictores que iban de su segundo hogar a buscar refugio en las casas de asistencia cerrándose tras de ellos las puertas y pasando las aulas al local que hasta hoy se ha llamado *claustro nuevo*.

Pero si aquello era triste, motivo muy grande de alegría es ver el nuevo claustro o *claustro máximo* transformado en una bella edificación y cuánto gozo sentirán sus hijos al volver de nuevo este año no ya a los estrechos y oscuros dormitorios sino a los amplios y claros salones que han de albergarlos ahora.

Este edificio ideado y proyectado por su mismo fundador Fray Cristóbal de Torres, fue construido en propiedades del sabio arzobispo y terminado en el año de 1653.

La construcción, a pesar de haberse apartado algo de las ideas del señor Torres, era completa: ya por su forma y distribución de acuerdo con las necesidades y número de alumnos de aquellos tiempos; ya por su estilo y dimensiones adecuado a las costumbres de hace más de dos siglos y medio; ya, finalmente, por su solidez, pues aun en el supuesto de que los últimos temblores lo hubiesen destruido totalmente, es muy sólido un edificio que construido con los materiales usados entonces hubiese durado 266 años: esto bien puede llamarse una obra estable.

Más tarde las necesidades del Colegio, cada día más próspero, y la fundación del internado para la facultad de jurisprudencia, hicieron necesaria la construcción de un nuevo edificio, el cual, gracias a la laboriosidad y amor al Colegio del señor Rector, se levantó en poco tiempo a la vera derecha de la capilla. Sin saberlo estaba destinado a reemplazar el antiguo claustro después del siniestro y evitar así el que se suspendiese aquel año el Colegio y no funcionara al siguiente.

Monseñor Carrasquilla acometió la magna empresa de reconstruirlo: grande por lo que significa, grande por su magnitud y grande si se considera la situación por que atraviesa el tesoro nacional. Sólo él con su actividad, celo y patriotismo es capaz de acometerla.

Vamos a hacer un modesto estudio de este edificio y de su refacción.

* * *

Cuando a las antiguas constituciones del Colegio se introdujeron algunas modificaciones accidentales, el doctor Carrasquilla al exponer sus razones, escribió:

«No es un colegio monumento inmóvil destinado a resistir impasible los embates del tiempo, como las pirámides o la esfinge, sino, al contrario, organismo vivo, capaz de crecimiento y perfección: idéntico a sí mismo en substancia, variado y movable en los accidentes.»

Esto que dijo sabiamente del edificio moral puede muy bien aplicarse al material: un colegio con otras constituciones distintas en substancia a las de Fray Cristóbal no es el Colegio del Rosario, como no lo sería si se alojase en un edificio de estilo moderno con profusión de caprichosos adornos; pero esas constituciones idénticas aun en los accidentes a las antiguas no se acomodarían a los últimos adelantos pedagógicos ni a las transformaciones que ha sufrido el país y serían inconvenientes e impracticables, lo mismo que el edificio tal como se conservó hasta ayer era incómodo e inadecuado a las exigencias de estos tiempos.

Así lo comprendió el señor Rector y quiso hasta en lo material seguir el lema del instituto: conservar la magnificencia y hermosura del estilo severo e imponente con sus líneas elegantes y puras lo mismo que el sabor español del *viejo* claustro y adornarlo con las

comodidades, higiene y ornamentación del *nuevo* adelante: *Nova et vetera*.

Además, justo es que con la religión, idioma y costumbres que nos legaron nuestros antepasados los españoles, guardemos algo de sus obras, y ya que la arquitectura retrata los tiempos y las sociedades y conserva su historia, que estos claustros recuerden en sus arcos y columnas los tiempos de nuestro fundador y en sus aulas los de nuestros próceres, que la moderna civilización se está encargando de escribir con sus construcciones la historia de nuestros días.

Tres son las condiciones que debe reunir todo edificio: solidez, comodidad y belleza.

Su solidez es imposible estudiarla científicamente, pues para ello sería necesario estudiar el terreno, que de seguro es firme, pues sostuvo aquella fábrica tanto tiempo; la resistencia de los materiales en las partes antiguas que aún se conservan tampoco se conoce, y en cuanto a lo nuevo que se ha hecho, y que no hemos estudiado detenidamente, nos basta saber que ha estado a cargo del habilísimo y entendido arquitecto doctor Arturo Jaramillo.

La comodidad, que depende principalmente de la oportunidad de la situación del edificio, de su forma conveniente y de la buena distribución y disposición de sus partes, no es necesario estudiarla pues la experiencia de muchos años enseña que el edificio era en lo general muy cómodo y si adolecía de algunos defectos, estos han sido corregidos con la nueva obra. La situación no puede ser mejor, pues se halla en el centro de la ciudad pero apartado del bullicio del comercio; la forma y distribución ha permanecido la misma, ya por no presentar mayores inconvenientes, ya para que los alumnos vuelvan al mismo Colegio que dejaron: sólo el aula

máxima y el gabinete de física fueron cambiados de lugar; la disposición de las aulas, de los dormitorios y del edificio todo ha sido mejorada notablemente como lo veremos al estudiar sus partes, y como complemento de la comodidad podemos agregar la higiene que tiene lugar principalmente por la aereación y el alumbrado.

Sobre la belleza podríamos decir mucho, pero ella depende siempre de la aplicación de la solidez y la comodidad, pues las artes que tienen como la Arquitectura, por objeto la utilidad y el deleite, además del deber de seguir las leyes más importantes y esenciales, debe satisfacer ante todo las necesidades; la belleza está constituida por la verdad en sus formas, el orden y la variedad en sus combinaciones, la unidad de concepto que encierra la euritmia, la simetría, o *proportio* de los latinos, la sencillez, el contraste y el adorno, constitutivos todos que sobresalen hoy en el Colegio del Rosario, pues si antes tenía la unidad debida a la idea única del fundador, la verdad que enseñaban los clásicos y la sencillez de las obras españolas, faltaban la variedad, la simetría y el adorno que hoy resaltan en el Colegio.

Y el gusto y arte del edificio consiste en su carácter que es la armonía entre el objeto y la forma y que anuncia con su aspecto grave y festivo el fin para que fue levantado.

Situado en esquina tiene dos fachadas: la principal que mira a la calle 14 y la secundaria u oriental que da a la carrera 6, donde se halla la entrada a la capilla y al claustro de las facultades. En sus fachadas ha recibido la reforma principal: de un estilo serio y elegante que algunos autores llaman por antonomasia *estilo escolar*, desprovisto de adornos inútiles y de esas mil florituras tan superfluas como dispendiosas; resal-

ta en ellas la euritmia o lo que ahora llamamos *simetría* y que produce un efecto tan agradable a la vez que hace fácil abrazar a un mismo tiempo el aspecto del conjunto y de sus partes.

De dos pisos—el superior levantado un poco—separados por una cornisa mutilada; el muro está enlucido por pañete de cemento con pintura, dividido en el piso inferior por ranuras paralelas a la cornisa, lo cual da elegancia al edificio ya que las grandes líneas horizontales son elementos de belleza y aparentan gran solidez en la obra. Esta ornamentación la critican algunos autores que creen necesarias y lógicas las divisiones verticales. En el piso superior se destacan rectángulos incrustados entre los vanos de las ventanas.

Está coronado el edificio por una cornisa quizá algo angosta y por el alero del tejado, muy usada por los españoles y que reemplaza las grandes cornisas de coronamiento.

El murete superior, llamado ático, no es conveniente en ciertos edificios, pues su cornisa superior es muy pequeña para remate y cuando el tejado es regular es mejor que esté visible, porque le añade cierta gracia y gravedad al edificio. Por otra parte, el ático no hubiera podido emplearse en el Colegio del Rosario, pues siendo muy bajo el piso inferior, hubiera quedado el superior mucho más alto, lo cual constituye un grave defecto en arquitectura.

Las ventanas son rectangulares, es decir, con platabanda recta, de dimensiones convenientes y su altura, bastante elevada, le da más carácter a la edificación, pues la luz solar en gran cantidad es esencial para las aulas o salones de estudio en donde reciben también la luz los entendimientos juveniles.

La arquitectura moderna no se sujeta rigurosamente a los órdenes en el modo de decorar puertas y venta-

nas, y mejor quiere acomodar el lujo y la riqueza, o la sencillez y la austeridad de este elemento al carácter general del edificio. El arquitecto adoptó como ornamentación para las ventanas del piso inferior una tan racional como usada, que consiste en imitar las juntas aparentes de las dovelas, como si la construcción fuese de piedra; y para las ventanas del piso superior, un superornato llamado comunmente guardapolvo, formado de una cornisa de poco vuelo, sostenida por dos triglifos, como los que adornan los frisos del orden dórico. Sobre la puerta y en otros puntos simétricos, se hallan amplias ventanas geminadas, decoración muy usada en el período del Renacimiento.

Da acceso al Colegio una amplia y elegante portada de buenas proporciones, con pilastras empotradas en los jambres y que sostiene un entablamento en cuyo friso sobresale, en hermoso relieve de piedra, la cruz del manto de Calatrava, blasón legendario del Colegio Mayor del Rosario. Es la misma puerta que ha dado paso a tantas generaciones de estudiantes, la misma cuyo umbral pisaron tantas veces Maza, Girardot, D'Eluyar, Camilo Torres y tantos hijos ilustres del Colegio, y la que el ilustre sabio Caldas traspasó para ir al patíbulo a morir por la patria.

Esta puerta fue variada en pequeña distancia de su posición primitiva para el buen efecto de la simetría.

El interior del edificio está comunicado con el exterior por medio de un elegante portal que participa en su ornamentación, como es natural, de las formas algo toscas del exterior y las delicadas del interior; sus muros laterales dan entrada a la portería y al salón de estudio de los alumnos externos, y ostentarán en láminas de mármol algunas inscripciones.

Al terminar este soportal se presenta a la vista un

amplio e imponente patio rodeado de arquería, y cuyo estudio merece alguna detención.

De estilo romano-bizantino del período de la decadencia, que recuerda en algo el estilo árabe o morisco, que prevaleció en España en el siglo X. En efecto:

Sobre columnas de orden toscano (uno de los dos órdenes romanos), de dimensiones clásicas (1) y sin pedestal, se apoyan arcos no exactamente de medio punto, sino ligeramente levantados; estos arcos peraltados son característicos de la arquitectura árabe y de la visigoda en España, aunque su invención se atribuye a los bizantinos.

En la arquitectura griega no existen los arcos, los cuales llegaron después a constituir el carácter de las construcciones romanas.

El estilo románico surgió a fines del siglo IX, aprovechando los elementos del antiguo, pero acomodándolo a las tendencias artísticas de la época. Los apoyos de las arcadas son en el estilo clásico, pilares en vez de columnas, como el claustro de San Pedro de Rada en España, modelo de construcciones románicas.

De la combinación de las formas árabes y las cristianas resultó el estilo llamado mudejar. Las arcadas muy usadas en las épocas romántica y ojival, fueron motivo predilecto de ornamentación en la arquitectura árabe, pero en donde su construcción tomó incremento desarrollándose con espléndida variedad de formas y maravillosos adornos, fue en la Alhambra de Granada.

La arquitectura árabe-española ofreció desde el principio un carácter particular que la distingue de la de los demás pueblos musulmanes, del mismo modo que

(1) Hemos tomado detenidamente todas las medidas hasta de la más pequeña moldura. A las columnas les faltan unos 14 centímetros de altura, quizá por la capa de cemento que aumentó su diámetro.

son distintas su historia, sus costumbres y su poesía. Sus arcadas tienen un sello de seguridad y de precisión que no puede apreciarse en igual medida en los monumentos de Oriente.

Esta arquitectura mudejar es la que predomina en casi todas las construcciones que nos dejaron los españoles.

A pesar de que Fray Cristóbal quiso que el piso alto también llevase arquería, no sabemos por qué motivo las columnas sólo sostienen mesas de madera, lo cual no es un defecto pues la superposición de arcadas no es esencial al estilo románico.

Las columnas del piso superior también son de orden toscano completo, es decir con pedestal, del cual carecían antes; con esto quiso el arquitecto levantar los techos de las aulas y dormitorios altos, dándoles así más luz y aire, elementos necesarísimos a la higiene. Sin embargo con esto queda el pequeño defecto de un piso superior más alto que el inferior, defecto admisible por todos los arquitectos en muchos casos, como es en el de la superposición de órdenes, y que en el presente se atenía a la vista con el color oscuro de los cielos de los corredores y quizá fue ese el efecto que se quiso conseguir al usar para ellos la pintura de caoba.

Siendo par el número de arcos de cada uno de los lados del patio, quedaba en el centro una columna, la cual quitaba de la vista la estatua del Fundador y no permitía ver el conjunto del claustro al pasar el portal; el doctor Jaramillo corrigió este defecto colocando un arco central con dos pequeñas arcadas menores a los lados que descansan sobre columnas pareadas. Estas pueden ser próximas como las del piso superior del patio de Santo Domingo o separadas en la mitad de la arcada como las de que hablamos.

Las columnas pareadas son censuradas por algunos modernos, no obstante la belleza de las columnas del Louvre, donde están dispuestas de esta manera, pero en todo caso de dos defectos debe preferirse el menor.

La arquería está rematada por un hermoso barandal de cemento que sirve de antepecho al piso superior; balaústres de perfil y dimensiones propias del orden toscano, separados en algunos puntos por dados que sirven a la vez de base a las columnas.

Esta decoración se ha usado indistintamente en todos los órdenes y en todos los estilos. Las balaustradas del Renacimiento imitando las romanas y griegas eran preciosas como el modelo que copiaban y sólidas como la piedra con que eran construídas, pero los arquitectos de aquella época reemplazaron el balaústre por la columna despojando la balaustrada de ese carácter de fantasía un tanto caprichosa y liviana, que gusta ver y que es propio de todo lo que es accesorio y accidental.

En el siglo XIII revistieron infinidad de formas diferentes y fueron muy empleadas tanto en el interior como en el exterior de los edificios.

La arquitectura moderna casi nunca emplea la viciosa disposición de las columnas en las balaustradas y adopta las formas primitivas que ahora dan tanto realce al ornato del patio principal.

En el centro de aquella arquería se levanta imponente la estatua de bronce de Fray Cristóbal de Torres sobre un artístico pedestal de piedra orleado de escudos de un estilo Renacimiento del siglo XVII. La escultura ha sido siempre un hermoso complemento de la arquitectura.

Los corredores que forman el claustro son anchos y espaciosos, tal como corresponden a aquel patio de grandes proporciones.

Los muros llevarán más tarde en sus paramentos que miran a los corredores leyendas sobre estuco, muy propias al estilo árabe en el que abundan los rasgos caligráficos.

Las puertas están pintadas a imitación de la caoba ondulada. Las aulas han sido mejoradas notablemente, con los amplios ventanales que dan paso a los dos elementos necesarios a la vida: luz y aire. Su superficie es proporcionada al número de alumnos que ha de contener, y es un error creer que una sala para clases es tanto mejor cuanto sus proporciones sean mayores, pues su longitud está limitada por la energía vocal del catedrático y por el poder visual de los alumnos.

Los estudiantes reciben la luz lateral, pues la de frente es defectuosa, y el aire penetra por postigos de ventilación superior semejantes al ventilador Guillot que desvía el aire hacia el plafón de la pieza.

La clase de física es un amplio salón dispuesto en anfiteatro semicircular como el de la Escuela de Bellas Artes de París y el de la Sorbona, con el objeto de que los alumnos puedan ver cómodamente los experimentos que hace el profesor.

La luz es bilateral con el doble objeto de no molestar a los discípulos que reciben la luz de frente y para que los aparatos no queden en la penumbra.

Los dormitorios son hoy día más amplios, más alumbrados y más ventilados, a la vez que pueden recibir medio centenar más de alumnos internos. Adelanto es este que significa mucho, porque así permite la entrada a tantos jóvenes que ayer la solicitaban inútilmente por falta de sitio.

Si todo ha sido mejorado notablemente, el refectorio actual es el salón que más contrasta con el antiguo, pues no sólo se le ha dado más luz sino que de la más oscura ha pasado a ser una de las más claras

piezas del colegio; su techo ayer muy bajo y afeado por las vigas, se levantó en más de un metro y está decorado con gusto y arte.

De estilo más moderno y con una decoración particular, no le quita unidad al conjunto por estar como separado del resto de la edificación. Si un plafón completamente plano ofreció mucha monotonía y le falta aquella claridad de expresión que debe tener toda obra arquitectónica, el del comedor está ricamente adornado con relieves del escudo del Colegio, con guirnaldas, flores y cornisas que le dan gran belleza.

Consta de tres naves separadas por columnas con pedestal, destinada la central para las mesas y las laterales para el servicio; las columnas son delgadas pero bastantes en número y de capiteles especiales semejantes al capitel corintio romano de la segunda época del Renacimiento (siglo XVI).

El pavimento es de baldosines de cemento hidráulico de variadas figuras en colores. Los baldosines, que impropriamente se llaman mosaico, son de muy buen aspecto, dureza y duración; los de tierra cocida se conocieron desde hace más de cuarenta siglos en los grandes imperios del Asia. En el siglo XIII era muy frecuente el uso de las baldosas, cuya ornamentación se fue complicando con dibujos geométricos, historiados o heráldicos.

La pintura, gran auxiliar de decoración, ornamenta el refectorio con un hermosísimo cuadro al óleo de pincel maestro que representa la cena de los discípulos de Emmaús.

Se asciende al piso alto por una escalera de piedra basta y hermosa de dos tramos rectos interrumpidos por una meseta o descanso, disposición más cómoda, más simple y más monumental.

Las escaleras en los edificios además de ser neces-

sarias concurren a la decoración y participan del carácter de aquél; así en las históricas escaleras del Rosario resaltan la sobriedad y la elegancia.

En cuanto a su posición encontramos a esta escalera un gran defecto que se opone a una de las reglas fundamentales de construcción y es el no aparecer a la vista fácilmente cuando se penetra al interior del edificio. Pero no censuramos el que se le haya dejado intacta en aquel sitio, pues no debía desaparecer la escalera por donde descendió el sabio Caldas para ir a la muerte, y el sitio donde estampó con su mano aquel sublime *joh larga y negra partida!* debe permanecer intacto a la vista de los rosaristas amantes de la patria.

Así se halla intacta la Escala Santa de Jerusalén, enlucida y adornada como es natural pero conservando las huellas de Cristo.

La escalera se halla en una caja muy alumbrada cuyos cuatro muros ostentan cuadros con marcos de estuco, la luz que penetra por dos ventanales es suficiente y no hace necesaria la apertura de una claraboya, indispensable en caso de poca luz.

El cielo de la escalera es una bóveda de plafón con arco avialado ricamente decorada con relieves de yeso, pues esta clase de bóvedas no se presta bien al adorno de casetones, y en su parte plana lleva una bella pintura del célebre artista nacional don Ricardo Acevedo Bernal que representa a Fray Cristóbal de Torres entregando de rodillas a Nuestra Señora del Rosario con el Niño en los brazos, las constituciones del Colegio, digna obra del maestro en este difícil arte de la pintura.

Así al complementar las dos bellas artes de la arquitectura y la pintura y del mismo modo que el arquitecto necesita muchas veces del pintor para rema-

tar su obra, así también éste no podría sin el auxilio de la ciencia y del constructor llevar a cabo una obra arquitectónica.

El gran genio de Miguel Angel al tomar de la arquitectura gótica las construcciones atrevidas y libres y la sabia disposición de las bóvedas; de los clásicos la decoración regular y al elegir proporciones, cierto es que crió un método característico pero destruyó la corrección clásica que habían devuelto a la arquitectura Brunelleschi, León Bautista Alberti y Bramante.

La baranda de la escalera es de balaustres de cemento como los que adornan el barandal del patio, con una bella pilastra de partida, motivo principal de decoración y que produce muy buen efecto por estar en armonía con el conjunto y con los balaústres. Los balaústres en las escaleras son censurados por la mayor parte de los autores por ser necesario que los dados superior e inferior estén cortados oblicuamente, lo cual da un aspecto de poca solidez y estabilidad al pasamanos.

El aula máxima destinada para los actos solemnes del Colegio ocupa ahora un salón más amplio de forma rectangular más apropiada que la cuadrada que antes tenía y sobre todo tiene varias puertas de entrada y carece de las columnas centrales que antes quitaban vista y espacio.

Su techo abovedado del mismo estilo que el de la escalera se presta a un efecto decorativo muy bueno y es apropiado a las salas cuya longitud es bastante mayor que la anchura y les da un aspecto monumental.

Fray Cristóbal «juzga por más hermosura» el techo abovedado. Actualmente no lleva ninguna ornamentación pero creemos que más tarde, cuando la situación lo permita, se decore con artesonado al fresco o con casetones. Estos fueron muy usados por los romanos y son muy bellos y de muy variada disposición.

El artesonado desapareció con la arquitectura de la Edad Media y en la ojival, reapareciendo con el Renacimiento en el siglo XV; la arquitectura del siglo XVI empleó los casetones con flores en los palacios de Italia y de Francia. En el estilo mudejar, propio del Colegio, es sumamente usado y recibe el nombre de alfarje.

La capilla, actualmente en construcción, merece mucho esmero por ser lugar santo, por ser allí donde se venera la Bordadita, amor de los rosaristas, por guardar las cenizas del santo fundador y para obedecer lo que mandan las Constituciones: «Es preciso dar el primer lugar a los edificios consagrados inmediatamente a su veneración (la de Dios), que vienen a ser todos los concernientes a la iglesia.»

Más tarde podrá ser objeto de un estudio separado.

Terminamos este estudio felicitando a Monseñor Carrasquilla, digno sucesor del señor Torres, por la magna obra que deja a la posteridad. Si antes era digno de la gratitud de los hijos del Rosario y merecía bien de la patria por el claustro nuevo, por las constituciones, por las facultades de filosofía y letras y de jurisprudencia, por la fundación de la *Revista* y por la erección de la estatua, hoy la nueva obra con que ha dotado al Colegio y a la ciudad por si sola bastaría para considerar al actual Rector como el que más bien ha hecho al ilustre instituto del sabio Arzobispo.

Y el doctor Arturo Jaramillo, que ha sabido realizar con tanto gusto, arte y ciencia la idea del doctor Carrasquilla es también digno de aplauso y de felicitaciones muy sinceras.

DANIEL ORTEGA RICAURTE.

Catedrático del Colegio